

QUINTO AÑO DE MEDICINA

A la entrada en el quinto año de nuestra carrera, podíamos observar ciertos cambios en la conducta y en las reacciones de nuestra gran familia estudiantil. Ya, junto a las camas de los hospitales habíamos presenciado los sufrimientos humanos y éstos nos advertía de las grandes responsabilidades que lleva implícita el ejercicio de nuestra profesión. Además, casi todos habíamos elegido ya las que habían de ser compañeras de nuestras vidas. Había que mirar más seriamente hacia el futuro.

A las siete y media de la mañana comenzaban las clases de Enfermedades Nerviosas y Mentales. El profesor titular era el doctor José A. Valdés Anciano y el auxiliar el doctor Armando de Córdoba. Ambos explicaban la asignatura alternativamente.

El doctor Valdés Anciano, padre de un compañero de nuestro curso a quien llamaba cariñosamente «mi hijito», llegaba a clase con aspecto cansado y demostrando su rostro un profundo hastío. Algunos días los dedicaba al estudio del glosario y otros, explicaba con su fácil palabra e inmenso dominio de la asignatura.

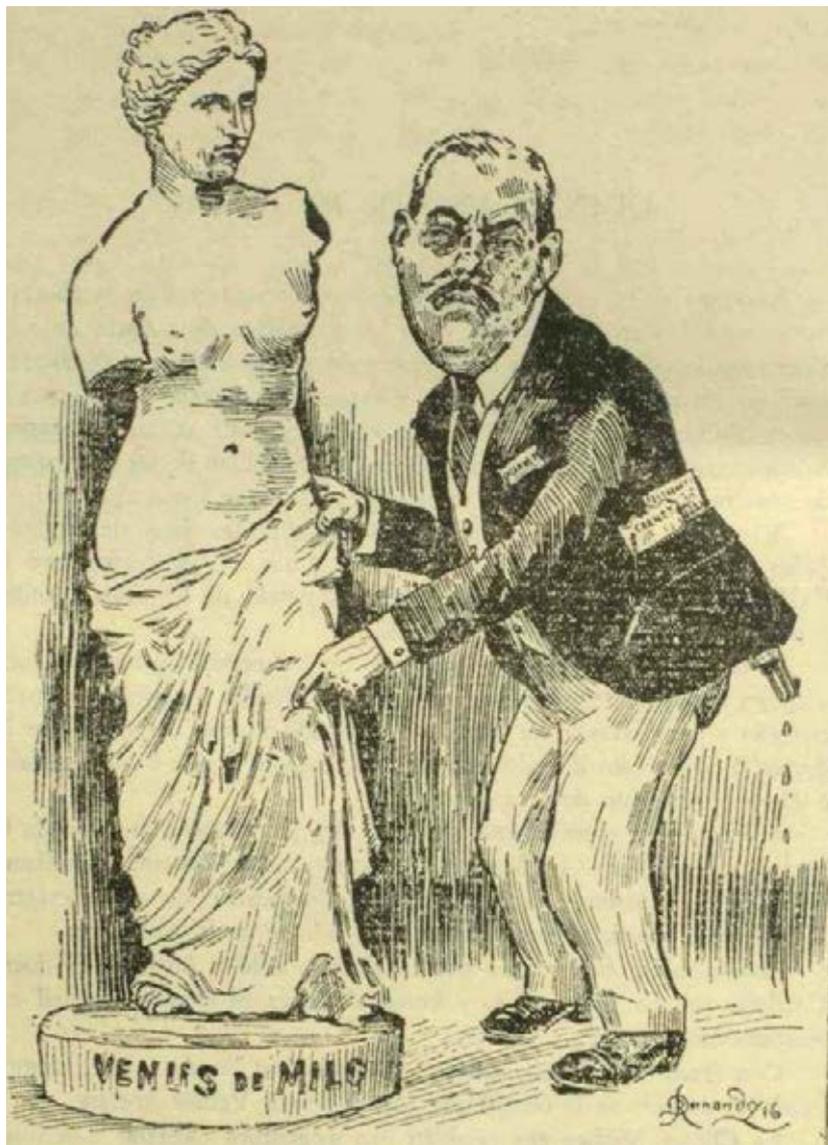
Aparte de su especialidad, el doctor Valdés Anciano era uno de los profesores más cultos en Medicina General y, con frecuencia, acudíamos a él cuando teníamos dificultades en el diagnóstico de algún enfermo que ocupara una de nuestras camas en la sala de medicina interna.

Contrastando físicamente con el doctor Valdés Anciano, el doctor Córdoba era un tipo grueso y bonachón cuya fisonomía habitual casi marcaba una sonrisa.

Con frecuencia llegaba tarde y, a veces, no llegaba. Salía siempre perdedor cuando se le comparaba con el doctor Valdés Anciano.

La Clínica Médica era también una asignatura bicéfala. Los lunes, miércoles y viernes estaba a cargo del doctor Luis Ortega. Los martes, jueves y sábado correspondían al doctor Saladrigas.

Ya, en aquella época, el doctor Ortega era uno de los más brillantes clínicos de Cuba y, dotado de notables cualidades de profesor, entu-



Dr. José Valdés* Anciano. (Caricatura de Diego Fernández.)

si asomaba a su auditorio con sus conferencias brillantes, concisas y admirablemente expuestas.

En su trato con los alumnos era irónico y burlón. Cuando alguno afirmaba cualquier hecho erróneo, con su tono nasal y entonación calmada, decía:

—¿Dónde ha aprendido usted eso tan extraordinario, joven?

Con el enfermo era dulce y cariñoso. Cierta vez oí decirle a un chino, con mucho mimo:

—Déjame ver tu lengua, *pasana*.

El doctor Saladrigas pronunciaba sus conferencias los martes y los jueves. Los sábados los dedicaba a oír nuestras famosas «sabatinas».

Dar una sabatina era el recurso de los que aspiraban a la nota de sobresaliente. Después de terminar el conferenciante, hacía uso de la palabra los argumentantes que, invariablemente, comenzaban con la célebre frase: —Después de felicitar al compañero por su brillante disertación, quisiera aclarar un concepto que me parece que ha sido insuficientemente tratado... El conferenciante afirmaba que todo lo que había dicho el argumentante, había sido debidamente expuesto y el argumentante declaraba que él no lo había oído. El doctor Saladrigas hacía el resumen felicitándolos a todos y felicitándose él por tener alumnos tan adelantados y brillantes y dándole la razón a todo el mundo.

Terminada la Clínica Médica en el Hospital Número Uno, nos trasladábamos rápidamente al Hospital Mercedes, donde estudiábamos, con el doctor Raimundo Menocal, Clínica Quirúrgica y Enfermedades de la Piel.

Nuestro año fue afortunado en esas asignaturas. El doctor Raimundo Menocal, modelo de profesores en años anteriores, se vio abrumado por el trabajo excesivo que representó el desempeño de la Secretaría de Sanidad y Beneficencia. Él, que asistía al hospital los domingos y exigía la asistencia a los alumnos esos días, comenzó a faltar a clases con frecuencia y se exasperaba ante nuestra ignorancia.

A los alumnos nos conocía por el nombre de la afección del caso que teníamos en nuestra cama. Por algún tiempo me llamó «epitelioma». Cuando un alumno había estudiado el caso que ocupaba la cama que le estaba asignada, disertaba sobre el mismo. El doctor Menocal le oía inmóvil, con sus brazos cruzados a la espalda, sin levantar la vista del suelo y sin contraer un músculo de su cara que denotara la impresión



Dr. Enrique Saladrigas Lunar. (Caricatura de Diego Fernández.)

que en él causaban las palabras del disertante. Cuando terminaba el alumno, decía sencillamente «bien» (si le parecía así), o «ha dicho usted muchas tonterías» (si lo había encontrado mal).

Era un temperamento verdaderamente quirúrgico. No le afectaban los fracasos. Recuerdo una mañana en que operaba un aneurisma de la subclavia y accidentalmente, rompió el saco aneurismático. Una oleada de sangre inundó a los cirujanos. Se intentó, inútilmente, cohibir la hemorragia rellenando la cavidad con compresas. El paciente quedó exangüe en pocos segundos. Se limpió rápidamente el salón, y preparado de nuevo, el doctor Menócal realizó con su brillantez y maestría habituales, una resección del maxilar inferior.

En el mes de febrero, el doctor Menócal no concurrió más a clases. Lo sustituyó el doctor Ferrán, que era hombre de palabra fácil y emotiva. Recuerdo su improvisación en el día de su santo en que, como era costumbre, concurrimos sus alumnos a felicitarlo en su sanatorio.

—No existe para mí en todo el año un día más feliz que éste, en que mis alumnos se reúnen a mi alrededor para felicitarme, y al pensar que vosotros, próximos a recibirlos, habéis de caer de lleno en el torbellino de la vida, para sufrir no se sabe qué suerte, os hago la siguiente declaración: si conseguís cuanto os proponéis, si nada turba el hilo de vuestra existencia, si vuestras ilusiones y vuestros ideales se convierten fácil y rápidamente en palpables realidades, sí, en una palabra, sois felices, no os acordéis de mí; pero si sois desgraciados, si todo se acumula en contra vuestra, si el porvenir se presenta como un cielo cubierto de negros nubarrones, venid a mí y encontraréis al maestro que os aconseje, al hermano que os consuele y al amigo que os tienda sus brazos y os abra su pecho.

A las diez y media, terminada la clase de Clínica Quirúrgica, hacía su entrada el hombre de las cuatro *aes*: Ángel Arturo Aballí y Arellano, para explicar Patología Infantil. Era ésta una de las asignaturas que el nuevo médico llevaba mejor preparadas cuando iniciaba su ejercicio profesional. Esto era por dos poderosas razones: la importancia que tiene la materia y las justificadas exigencias del doctor Aballí.

A pesar de la aureola de severidad y hasta de fiereza que rodeaba a Aballí, conservo de él muy buen recuerdo. Creo que se esforzaba en obtener la mejor preparación posible de sus alumnos y que anhelaba

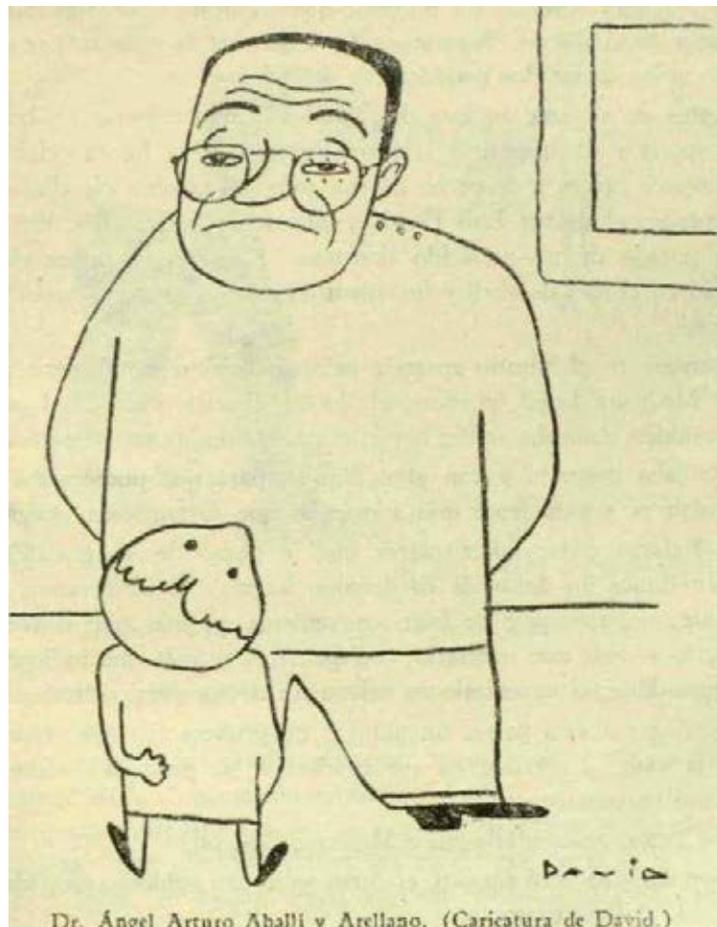


Dr. Raimundo Menoca! y Menocal. (Caricatura de Massaguer.)

que la escuela sufriera una seria reorganización que permitiera impartir una enseñanza más práctica y eficiente.

Había sido alumno eminente de su curso y, por consiguiente, había disfrutado la beca de viaje, que empleó en realizar estudios en Alemania y comparaba nuestra organización con la que había admirado en el extranjero.

Cualesquiera que fueran las simpatías de los alumnos hacia él, todos reconocíamos su extraordinaria inteligencia, su laboriosidad infatigable y su excelente preparación profesional.



Por la tarde se efectuaba un cursillo de Patología Experimental, explicado por el doctor Aristides Agramontés, en el Laboratorio Wood, con el mismo escenario y los mismos personajes que tuvimos en el curso de Bacteriología, con igual orden e idénticos procedimientos. Sólo teníamos de nuevo unos inocentes colaboradores mártires, que se dejaban asfixiar, extraer sangre e inyectar diversas sustancias para agrandar el campo de nuestros conocimientos.

Por último, y para terminar, teníamos en el viejo edificio de la escuela las clases de Higiene y de Medicina Legal.

Hasta aquí hemos visto algunas asignaturas explicadas por dos profesores. Ahora veremos un profesor que explicaba dos asignaturas que no tenían nexo alguno. Seguramente por razones de economía se unieron en una sola cátedra dos materias tan disímiles.

Antes de avanzar en esta descripción, quiero tributar un homenaje de simpatía y de respeto a la memoria de aquella figura original que se mantenía erecta a despecho de sus años, su cerebro claudicaba lastimosamente: el doctor Luis Cowley, que desde varios años atrás debió haber gozado de un merecido descanso. No pudo terminar el curso. Falleció en el mes de abril y fue sustituido por el doctor Tomás Vicente Coronado.

Aunque en el horario aparecía primero la clase de Higiene y luego la de Medicina Legal, a veces, el doctor Cowley invertía el orden y, en ocasiones, dedicaba ambas horas a una sola de las materias a su cargo.

Hablaba despacio y con gran énfasis, para que pudiéramos copiar sus palabras, seguramente más adornadas que sustanciosas. Oigámosle:

—Existen ciertos particulares que, a pesar de su repetición, no pierden nunca un ápice; de su genuino interés. Si observamos detenidamente, notamos que se hace conveniente y, más que conveniente, necesario y, más que necesario, indispensable y, más que indispensable, imprescindible, el conocimiento exacto de ciertos particulares.

Al llegar a esta parte, un alumno de primera fila, que tomaba en serio la clase y escribía en sus cuadernos las palabras de don Luis, preguntó ingenuamente:

—Doctor, ¿eso es Higiene o Medicina General?

Don Luis lo miró furioso, el curso soltó una ruidosa carcajada y fue expulsado deshonrosamente.



Dr. Tomás Vicente Coronado. (Caricatura de Diego Fernández.)

Cierto día, comenzó la clase con esta frase enigmática, dicha de manera pomposa:

—El proyectil fue lanzado, describió su parábola y vino a explotar en el campo de la alimentación continua.

Era inexplicable que un profesor que conservaba en su clase una disciplina tan laxa, abordara temas tan escabrosos como el referente al uso de la leche de mujer, como régimen alimenticio para enfermos adultos.



Con el pie en el estribo (1917).

Escuchemos a don Luis:

—Cuéntase de un príncipe veneciano que, enfermo del estómago, decaía visiblemente y se agotaban sus fuerzas. Así las cosas, sus médicos le recomendaron que tomara leche de mujer. Y fue tal el vigor que adquirió, que a los dos meses... había preñado a tres de sus nodrizas. La clase se convirtió en un *mare mágnum*. Nos expulsó el doctor Cowley esforzándose en hacerse oír entre el escándalo más estupendo. Predominaban los gritos de algunos que pedían que les recetaran alguna nodriza.

Los jueves se efectuaban conferencias por los alumnos, que él llamaba «juevinas». Don Luis asistía de rigurosa etiqueta y apreciaba que el conferenciante vistiera, por lo menos, ropa negra. Los temas de esas disertaciones eran originalísimos. Recuerdo, entre ellos, los siguientes: «El biberón ante la higiene». «Pudo la virgen María, a la luz de nuestros conocimientos científicos, ser virgen antes, en y después del parto?»

Nada exasperaba tanto a don Luis como que los argumentantes comenzaran felicitando al compañero; le interrumpía en seguida y le decía:

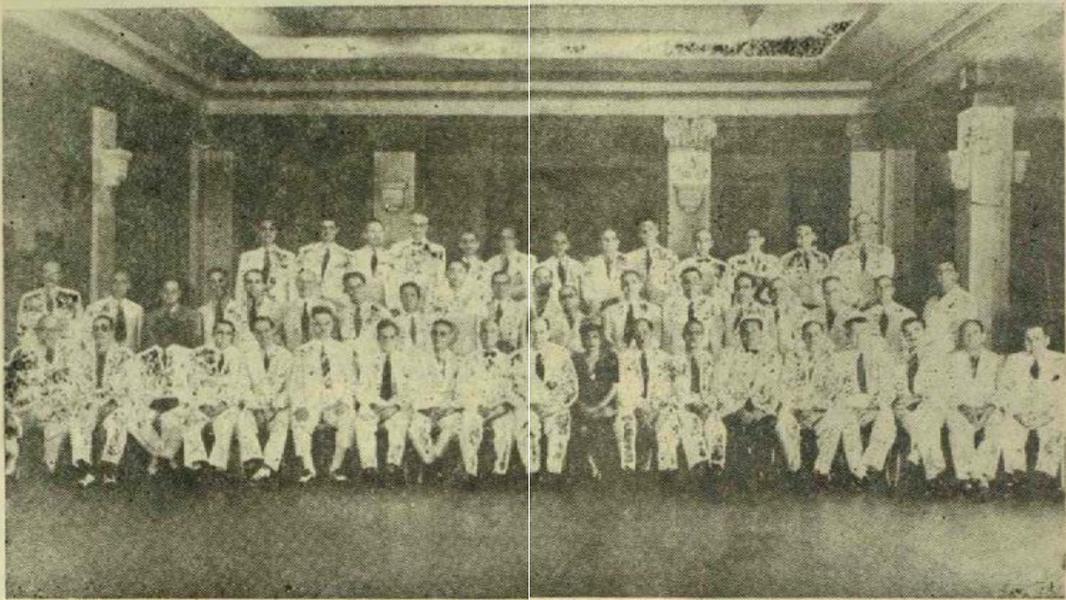
—Usted no es terreno abonado para tributar elogios a nadie; ha venido a argumentar y no a celebrar. Si celebraciones merece, soy yo y no otra persona quien deba tributarlas.

En su terminología médico-legal conservaba muchos años de retraso, nos dictaba modelos de informes a los jueces, a los que llamaba «usía»; exigía dejar un margen de dos dedos en el papel «de oficio» y terminar el informe con esta frase: «Dios guarde a usted».

Las intenciones de don Luis no eran muy buenas para con nuestro curso. Si la muerte no le hubiera sorprendido antes de los exámenes, tal vez hubiera ocurrido una segunda catástrofe.

El doctor Coronado, siempre bromista, nos dijo muy seriamente que la lista de calificaciones de don Luis, en la que menudeaban los suspensos, era para él una herencia sagrada y que había prometido cumplir la última voluntad del profesor titular. Sin embargo, todos fuimos aprobados y los que no teníamos suspensos en otras asignaturas, realizamos con toda felicidad el examen de grado.

Alcanzado el final de nuestra carrera, saltamos a la arena para luchar denodadamente, teniendo en nuestra contra la inexperiencia y a nuestro favor, las ansias de trabajo y el optimismo.



Médicos graduados en 1917 al cumplir el 25 aniversario, acompañados de los doctores Ricardo Núñez Portuondo y José Bisbé.
Entre ellos la única mujer del curso, la doctora María Ignacia Matheu.